

POESÍA		RESEÑAS
<p>Versos que ven</p> <p>La mirada del huésped y otros poemas JOSÉ ZULETA ORTIZ Letra a Letra, Bogotá, 2018, 103 pp.</p> <p>YA EN 2008, el escritor José Zuleta había reunido en <i>Emprender la noche</i> una selección de su obra poética. La nueva selección que presenta en <i>La mirada del huésped y otros poemas</i> es mucho más que una ampliación o actualización de esa primera antología. Además de poemas publicados posteriormente —aquellos que forman parte de los libros <i>Las manos de la noche</i> (2009) y <i>La mirada del huésped</i> (2013)—, encontramos algunos anteriores a 2008 que no se incluyeron en <i>Emprender la noche</i>. Como es corriente, el número de poemas de los libros más recientes sobrepasa por mucho el de aquellos más tempranos, lo cual no quiere decir que el poeta reniegue de su visión anterior; simplemente da cuenta de un proceso de depuración expresiva. Es natural que quien ha hecho bien las cosas prefiera lo que es sobre lo que ha sido. Aun así, en lo inaugural late con vigor una intuición de lo que vendrá, lo contiene como la semilla al árbol. Así ocurre en los versos de 2002, en los que ya se encuentran los puntos cardinales del imaginario que Zuleta construirá en adelante: la mirada fascinada ante lo cotidiano, lo sensorial exacerbado, el retrato ágil del Pacífico colombiano.</p> <p>La selva se desgrana por hilos de arcilla y agua. En lentas balsas bajan las trozas buscando el mar. Sobre la balsa que se desliza en la corriente hay encendida una hoguera, los leños de mangle están húmedos, el humo envuelve las fantasmales formas de los bogas. En la marmita de peltre se calienta el café, llueve, llueve el aire se respira el agua... la balsa avanza. Chaquiro, Sajo, Amarillo, Cedro, Tangare, Comino, Flor Morado y Chanúl. Tantos años erguidos: como casa de pájaros, camino de ardillas, trapecio de micos, sombra de orquídeas,</p>	<p>filtros de luz... La balsa avanza en un cortejo fúnebre hacia Bocas de Satinga. (p. 15)</p> <p>Diez años y dos libros después de <i>Emprender la noche</i>, la intuición poética de José Zuleta permanece intacta, es la forma de abordarla lo que ha cambiado. La visión se ha hecho más fina. Dice la física cuántica que la sola observación modifica el objeto observado; igual ocurre con los poemas del pasado cuando el poeta vuelve sobre ellos la mirada. En “Oración”, Zuleta escribe:</p> <p>Anoche, en la capilla de la estación, vi encender, con la luz de otra luz, una luz. (p. 96)</p> <p>Así se propaga la poesía: la luz de otra luz enciende una luz nueva. Numerosas son las llamas que en <i>La mirada del huésped y otros poemas</i> saltan de un texto a otro; a veces dos resplandores se enredan, crecen, y se bifurcarán más adelante. Así encontramos, diseminados en el tiempo, retratos del conflicto armado en Colombia, nombres de poblados entonados como conjuros, frutas exquisitas, sensualidades exaltadas, miradas discretas, sí, mas insaciables; evocaciones melancólicas, objetos y costumbres extrañados, redefinidos por la ternura o la añoranza.</p> <p>En ocasiones el juego de intertextualidades sobrepasa los géneros literarios, como es el caso de uno de los poemas de la antología, “La mujer de en frente”, de 2006, cuyo último verso da título al libro de cuentos <i>Todos somos amigos de lo ajeno</i>, publicado en 2012 por la editorial Alfaguara.</p> <p>A José Zuleta le preocupa el lenguaje, pero no cae en las trampas de la retórica autocomplaciente. Su estilo es claro, su visión profunda. A sus palabras, deliberadamente elementales, las tensa el silencio:</p> <p>[...] Quizás un sueño pueda ser una palabra, la que esclarece. A esa palabra, la que encontraste al fin, le bastará su luz para ser lámpara. (p. 7)</p>	<p>En estos poemas es posible experimentar como propia la mirada atenta del poeta, del vidente, y bajo una luz sosegada descubrir inesperadas bellezas. Lo inadvertido se presenta en primer plano y se poetiza:</p> <p>Nos bajamos del bus, fuimos hasta las alamedas. Allí, mirando el horizonte, orinamos. Nos alcanzó el primer rayo de sol, Los tres chorros se iluminaron, Surtidores de oro abonando el camino. (p. 93)</p> <p>Es admirable la fineza con la que el poeta declara un mundo de rituales mínimos y discretas maravillas. Los paisajes selváticos y las suculencias sensoriales, predominantes en los poemas tempranos, hallan su mejor versión en <i>Mirar otro mar</i>, en donde la voz da cuenta de los paisajes y las gentes de su región. Allí la música, la historia y el canto se encuentran para dar vida a poemas conmovedores y muy bien logrados, como es el caso de “Ensenada de Utría”:</p> <p>Entre la selva el mar sobre la lluvia llueve, aire, tanto aire agua, tantas aguas verde, todos los árboles peces, todos los días. (p. 62)</p> <p>O de “Tumaco”:</p> <p>[...] Los niños corren tras cangrejos naranjas y sin saberlo se entrenan en el baile y la gambeta que serán su destino... El sol cae al mar, y ya huele a leche de coco en las cocinas de Tumaco. (p. 59)</p> <p>Disponer una antología de la obra propia es, inevitablemente, un acto de revisionismo. Los poemas seleccionados por el autor pueden leerse como una poética provisional, como un mapa de ruta hacia sus sueños o como un relato de ficción con un principio, una promesa, un desarrollo, unas complicaciones, un clímax, un posible desenlace. El autor vuelve la vista y escoge aquellas piezas que, reunidas, constituyen los pilares de su poética y desecha las que no se ajustan a esa trama. La elección de lo que irá, y de lo que no, responde a la idea más reciente de su trabajo. Quizás el mismo autor,</p>

quince años antes, no hubiera favorecido las mismas obras; tal vez hubiera procurado componer su leviatán de otras materias, darle otra forma. Probablemente *La mirada del huésped y otros poemas* no será la última antología que se haga de la poesía de José Zuleta, y solo nos queda esperar que las próximas tengan lo que tiene esta de relato vivo, de luz que enciende otra luz en la mirada.

Santiago Cepeda